

Subrayaduras: escrituras para el presente futuro

Piedra viva *

Rayar por debajo una palabra o frase. ¿Cómo señalar de otra manera sino con esta marca el origen del *deseo de escritura*? La *subrayadura* es un artificio irreductible que vuelve legible (a la vez que la fragmenta) una frase o palabra que, al ser extraída, funciona fuera del texto. Este procedimiento promueve la escritura reflexiva que deriva en diversas formas de discurso –como el diálogo, la discusión u otra–, activa la memoria del pasaje textual al que pertenece, al mismo tiempo que linkea hacia indefinidas entradas. Así, lo subrayado está relacionado con el futuro. Dentro del texto, ese subrayado no funciona sin el párrafo que lo contiene, pero fuera de él inaugura un universo de ideas posibles, de preguntas por responder, de proyectos y planes a cumplir.

En esta ocasión, el ejercicio de escritura motivado por la *subrayadura* se inicia con una invitación escrita (la de Colectiva Materia) para pensar la coyuntura. Un presente que nos ha enseñado formas de estar sin-presencia (el *zoom*, el *chat*, el *meet*). Por ello, responder a esa invitación con este texto de escritura colectiva es un acto de insumisión contra los protocolos de la agenda científica y académica. Bajo cada una de las siguientes *subrayaduras* se hilvana un universo de signos e imágenes flotantes que convoca este presente con el fin de reinventar un futuro.

Laboratorio. Experiencia. Experimento

Hay un laboratorio, este, actual, del que formamos arte y parte: algunos resultados han podido ser codificados. Otros están por mostrarse. Otros todavía

* Integrantes del PICT “Materialismos contemporáneos. Perspectivas y abordajes teórico-críticos de la literatura y las artes”: Adriana Canseco, Julieta Cuervo, Leo Cherri, Lorena Fioretti, Julia Jorge, Natalia Lorio, Franca Maccioni, Gabriela Milone, Silvana Santucci, Malena Tatián y Belisario Zalazar.

esperan. Solo se resumen aquí los primeros de la enumeración como sigue:

R.1. La quietud de (algunas) cosas y cuerpos se liga subterráneamente con la convulsión de ciertos sentidos sedimentados. En su convulsión –en los resultados parciales de este muestreo parcialmente humano, discursivo, lenguajero– la experiencia que ponía en el centro de la escena una subjetividad corcovea y se quita de encima la importancia del sujeto-de-la-experiencia. Es preciso señalar que aunque hay todavía especímenes que se relamen su piel de yo, la gran mayoría ha dado muestras de su quiebre, aún efímeramente, o incluso habiendo cosido su herida muy prolijamente, algunos gestos extraviados –como tocar una hoja de siempreverde, acariciar un teclado, paralizarse ante un color, ofrecer alimentos a otras especies observando con detenimiento su incorporación, entre las más comunes– dan sustento a esta presunción de sacudimiento.

R.1.1. Si la modulación de la experiencia sobre la materia aparece ahora con contundencia desplegada en varios sentidos, vale formular que aparece no solo en las llamadas condiciones suaves, sino también en las condiciones hostiles. La materia se repite pero en su diferencia. La experiencia de/sobre/en/por la materia (entendida como materia extensa, que ocupa un espacio, que es recorrida por la energía, que tiene su peso) sopesa y expresa a) la sustancia física en el universo; b) las sustancias o cosas de tipo particular; c) lo que importa (*matter*) para una porción de a) y b); d) la situación que cuenta; e) las diferencias deseables –desde la posición relativa de c) proyectadas a a), b), c); y e) las desigualdades indeseadas– desde la posición relativa de c) proyectadas a a), b), c) y d) .

R.1.2. Cortados algunos vectores, cerrados algunos espacios, cercados modos de vida, cercenados algunos encuentros, el afuera de la experiencia se vio reducido. Retomamos la anotación de bitácora: la primera formulación de la hipótesis de la experiencia asumía la posibilidad de un afuera dado de antemano. La segunda formulación de la hipótesis de la experiencia asumía que ese afuera no es ostensible o, según testimonios de laboratorio, “no necesariamente al abrir la puerta se salía afuera”. Resta aún poder brindar una formulación mejor de

la “hipótesis experiencia”, mientras tanto, algunas preguntas esperan y empujan esa formulación: ¿se puede hacer experiencia sin afuera? ¿Es cierto que no hay afuera? ¿el afuera se hace, es dado, es mera ilusión? ¿cómo (nos) hacemos (un) afuera? ¿hay experiencia de la materia (en su doble genitivo)? ¿Afuera de la producción/destrucción, del capitalismo, de la censura, de la violencia, de lo estragante?

R.2. Relevada la matriz y gramática de la experiencia, se potencia el umbral explicativo e interpretativo del experimento. Sin embargo, no se sabe a ciencia cierta qué y cuántas variables son las que conforman el sistema cerrado del experimento. Se sabe, sí, que se ha reducido considerablemente la trayectoria de algunos movimientos y que esa reducción tiene como “coletazo” –usamos este término a falta de uno mejor que muestre como éste la cola del dragón y su fuego– el avance a velocidad exponencial de algunos dispositivos (que continúan y acentúan su zarpazo) de desigualdad, diferenciación y subyugación de la materia y de lo humano, en la materia y en lo humano.

Organización comunitaria

Frente a la necesidad de “conectar bajo diversas modalidades ciertas dinámicas instaladas en el mundo”, quizás debemos volver a preguntarnos por lo que puede un cuerpo, el cuerpo que puede enfermar y morir, el cuerpo expuesto a la fragilidad de su contingencia individual. A la comunidad de cuerpos aislados que somos (distanciados, escindidos del lazo material del abrazo, del beso cotidiano), la sostiene sin embargo un entramado anónimo de manos que hacen posible el mundo en que vivimos (asiduidad o repetición ilimitada de la suma de gestos). Manos de carne y hueso, distintas pero iguales (multiplicadas, lavadas y desinfectadas), sostienen el mundo. Son manos que cultivan, que cosechan, que cuidan y alimentan, que amasan, que limpian, que curan o que enseñan allí donde la única opción tecnológica sigue siendo el papel y la tinta. ¿Qué difiere en este nuevo con-tacto, en esta nueva relación con la materia? Contacto diferido de las cosas, pero no anulado, materia-puente, como una carta de amor perfumada que cruza el mar. Lxs

que no se pierden en la virtualidad no pueden darse el lujo de anonadarse en su propio reflejo. ¿Hemos olvidamos acaso con el con-tacto virtual la potencia transformadora de lo que nos toca a través de lo que nos toca, que hace puente entre los cuerpos y las cosas? ¿No es acaso la suma innumerable de gestos artesanales los que hacen posible, a pesar de todo, que el mundo se siga moviendo? A esa fuerza elemental, primaria, aprendimos a llamarla “esencial”. Muchas manos hacen posible lo imposible, acercan, tocando sin tocar, lo que estaba ya herido, fragilizado, precarizado, doblemente distanciado. Sólo muchos cuerpos hacen posible lo imposible común en el rumor del roce suspendido que llega donde las señales no llegan, y las pantallas no transmiten ni reflejan. Cuerpos que tocan a través del gesto material, como una carta de amor perfumada atravesando el mar.

La imaginación es la facultad privilegiada para figurar los mundos posibles

La casa alberga el ensueño, escribe Bachelard en su fenomenología de la imaginación. ¿Cuál hubiera sido su respuesta al ASPO? La intimidad del espacio del ensueño agobia. Imaginar una vacuna o un protocolo de circulación posible conlleva una sobredosis de ensueño. Imaginamos una nueva normalidad desde una materia vieja. Intentamos crear imágenes del final de la pandemia, pero solo tenemos una hermenéutica acosada por los relatos del fin del mundo. ¿Cómo imaginar el fin del fin cuando estamos agotados de imaginación? En casa ya no recordamos el aroma único de un armario de la infancia, ni sentimos el placer de abrigarnos con una sábana limpia. Aun así, la imaginación intenta abrirnos a nuestra *inmensidad* (movimiento del hombre inmóvil que sueña con la *inmensidad* que lo habita) para regresarnos al ser natural cuya imaginación pura no se hace de ninguna materia. Por temor a lo inmenso (una especie de agorafobia contradictoria, tal vez producto del encierro) imploramos nuevas formas de habitar el espacio público, lo cual es un intento de recuperación de nuestra condición de ser lanzado al mundo. Nos han sustraído una metafísica conocida y, a la vez,

olvidamos ese *ser-bien* que fue lanzado a la cuna tibia en el regazo de una casa. *Reinventarse* es una tarea por venir. Una que recusa la memoria y la imaginación del ensueño de una casa para mudarnos a otra menos soñada, la casa del pensamiento.

Intervención de intelectual iluminado

¿Intervención de una voz autorizada? Sí, pero también (en lengua barthesiana) tácticas para sostener un discurso: palabra sos-tenida, casi vociferada desde la arrogancia de quien asume la voz y se hace escuchar. Son Voces delimitadas desde el fondo vocal de las opiniones que circulan; Voces que una firma, una pretensión de *iluminar*. Frente a esas Voces, en simultaneidad (de la mirada) y contemporaneidad (de la escucha), en miles de domicilios, reproducidas en hilos tecnológicos de innumerables plataformas virtuales, se oye una misma pregunta, al unísono pero en un coro enrarecido: “¿se me escucha?”.

La virtualidad extendida que vivimos es la experiencia en *loop* de esa pregunta des-quiciada. “¿Se-me-escucha?” es una interrogación que disloca el *oui, oui* gramófono, como si fuéramos tristes Ulises en la imposibilidad de a-firmar nuestra enunciación, o sirenas desencantadas por lo inaudible de nuestras voces, o miserables Butes que se zambullen en *zooms* tan rumorosos como silenciados.

“¿Se-me-escucha?”: esa pregunta disloca la relación *consigo* que habilitaría la escucha (Nancy *dixit*); y antes que la singularidad del “me”, acentúa la impersonalidad del “se” en una desorientación sonora generalizada. *Qué se (me) escucha* es algo ya dis-locado, inafirmable. Y en lo inaudito de esa desorientación sonora que vivimos, acontece la experiencia de una *resonancia siniestra*. No solo porque (nos) desconocemos sino porque hacemos en cada *meet* la experiencia de escuchar una suerte de intromisión de elementos sonoros inquietantes (o mejor, que se han vuelto inquietantes porque oímos su intimidad al mismo tiempo que dudamos de la nuestra).

Si en la escucha “un sujeto se siente” y “accede a sí” (Nancy, otra vez), en la multiplicidad de los links de acceso que clickeamos por día pareciera que estamos entrando a una zona donde el reparto de

las voces está delirado y con-fundido. Pero antes que un abandonarse a la impotencia hecha de bocas-cerradas-con-micrófonos-apagados, quizá aquí es donde habremos de disputar menos la impostación de la Voz Autorizada de Cierta Intelectual Iluminado que el murmullo resonante que anuncia -acaso- modos *otros* de acceso a la escucha.

Intimidades, membranas individuales

Nuestros cuerpos sumaron otro órgano, otra capa de piel, la membrana envolvente del cuerpo-casa que habitamos en un ritual que se repite diaria y constantemente. Quienes no pudieron quedarse al abrigo de su membrana se valieron de otros artefactos, mecanismos y rituales para construir la capa protectora.

Desde la intimidad imaginamos relatos posibles sobre el fin del mundo, el fin de la humanidad, el fin del aislamiento que evocamos en cada: “Cuando esto pase”. Lo posponemos como la alarma del reloj: el fin del mundo no llega.

El cuidado personal se vuelve la forma de cuidado hacia lxs demás. En medio de una experiencia colectiva desigual que intensifica las prácticas y deseos individuales y enfatiza las distancias. No salimos, no nos exponemos al encuentro tan deseado con otros cuerpos porque el peligro es invisible, habita en lo que no podemos saber con certeza, en la duda o la desconfianza. Ante la suspensión de los rituales colectivos ensayamos nuevos modos de comunidades más íntimas, seguramente menos diversas e inconstantes. Reemplazamos el encuentro por la virtualidad de una dudosa y mediada simultaneidad. Imaginamos la intimidad ajena por las ventanas que revelan las pantallas, dudamos de la conexión, la escucha, de quiénes más adentro de sus membranas lo hacen si no podemos susurrar, si nos ven, si todxs miran su propio reflejo en el monitor cuando hablan con otrxs.

Reorganización de la (no) circulación de las personas y las cosas

La distancia ajusta los encuentros, las citas, las llegadas al trabajo, la distancia asume el rol de factor

decisivo a ser suprimido para con-jugar cualquier suceso, para declinar todo choque material que suscita la dispersión de las cosas (*de rerum natura*). Sin distancia no hay nada, sin desvío no hay sino acosmismo, eternidad impasible. Y si solo hay distancia sin recorrido, sin movimiento está estática la quietud abúllica, *stasis*, Big Freeze, de nuevo: nada. El punto y la línea recta, sin *clinamen*, sin desequilibrio termodinámico son entes abstractos, dioses sin tiempo que aburren flotando en el pizarrón la mirada, suspendida en un hipersueño, de lxs niñxs en las horas de clase. Entes geométricos parece que devinimos en este tiempo viscoso como de alquitrán en verano durante estos meses de cuarentena. Y en estas condiciones que parecen sacadas de un relato divino (Dios y los números matemáticos), recorrer una distancia de cientos de kilómetros parece una aventura entre trincheras a las que nos acostumbró Hollywood (*Behind enemy lines* y la ¿recientemente? estrenada *1917* son dos ejemplos de este siglo XXI). Ansiedad, angustia, y el reloj que traga las posibilidades de concertar la cita, de consentir el encuentro, de congraciarse la llegada. El final del camino se aleja en un espejismo, y parece que no hay guía para perplejos ahora, en el sin fin, donde la distancia indefinida, sin medida ni parámetros opera una reorganización de la (no) circulación de las personas y las cosas más acá de las vías ciberespaciales ex-tendidas sobre cables invisibles interoceánicos.

Contracción. Perplejidad del espacio. Dimensiones reducidas

“Mi casa, *topía* despiadada”. Podríamos comenzar así, parafraseando a Foucault, para dar cuenta de la perplejidad espacial a la que nos condujo este experimento en dimensiones reducidas de un espacio-tiempo doméstico ritmado por la insistencia de una pregunta que se nos ha vuelto odiosa por gregaria: *¿qué comemos?* Pero podríamos decir también, inmediatamente como él, que la casa se nos ha vuelto menos familiar que extraña, menos *topía* que heterotopía. Como si fuera el escenario de una representación teatral interminable que se repite –a veces como tragedia, a veces como farsa–, el lugar que habitamos yuxtapone ahora una multitud de

espacios y personajes que exceden con creces la consistencia finita de lo que suponíamos como el dos de una convivencia o el uno del hogar. La sola posibilidad de “sentirse en casa” parece jaqueada no solo por el desfile impúdico de roles que en principio hubiéramos preferido no desplegar en un mismo sitio, sino también porque la escena supone además un cambio de escala, otra jerarquía del espacio. La casa-escenario se ha vuelto parte visible de nuestras pantallas compartidas: la pared blanca, los libros de fondo, los cuadros, las plantas, el gato participan locuazmente de cada uno de nuestros encuentros y nos enrostran, cada vez que pueden, lo indómito de su fuerza material entrópica. Cordobeseando a Foucault otra vez podemos afirmar con él que, en general, no se entra ni se está en una heterotopía como Pancho por su casa. Por eso –y por otras razones también, obviamente– nos resulta difícil decir alegremente “yo me quedo en casa”, porque no es seguro que algo como tal siga existiendo. Porque no puede haber casas sin pasajes, sin marco, sin afuera, sin distancia ni desplazamiento así como tampoco puede haber deseo ni subjetividades sin intermitencias, sin fugas, sin hiatos. Y por eso, pensamos también que gran parte de nuestro esfuerzo de imaginación ha sido puesto en pasar de la representación (teatral) a la producción: ensayar otros montajes espaciales, otras composiciones materiales, abrir umbrales imaginarios para crear contra-espacios donde sea posible, al menos intermitentemente, llegar a casa.

Ciertas dinámicas instaladas en el mundo. Imaginación, imaginar

Después del fin de las utopías –ese panorama apocalíptico que apesadumbró el cambio de siglo– muchxs pensamos que, a pesar del clima de no futuro reinante, los diagnósticos estaban levemente equivocados: algunas utopías declinaban, otras emergían. Más allá de las nuevas olas políticas, descubrimos dos líneas utópicas que se nos presentaron inmediatamente como una visión del paraíso, y no lo digo en términos mesiánicos, sino como una vida más allá de la vida tal cual la conocemos. Las imágenes y los cuerpos.

La imagen es para Lezama Lima una vida, o mejor una sobre-vida. Es, incluso, lo que asegura la redención de una cultura: que no se pierda, que se salve y, más aún, que se *readquiera*. Para Lezama, pero también para Emanuel Coccia o Averroes, hay pensamiento porque hay imágenes y formas de imaginación. En ese punto, nuestra vida singular se presenta apenas como una existencia pasional y pasiva que no hace más que *ser-en-la-afectación*. Quizás sin saberlo, la ciencia ficción ha celebrado una y otra vez este vitalismo de las imágenes al ponerle fin al cuerpo: ¿es posible una vida sin cuerpo, sin organismo, puramente *soft*, sostenida por un sistema operativo compuesto de las imágenes de nuestra existencia e interactuando, a su vez, con las imágenes del mundo?

En estos tiempos experimentamos en carne propia la realización parcial (y los límites) de esa utopía teórica y ficcional. Vivimos en un mundo atravesado por las imágenes, y siempre ha existido un horror hacia las imágenes o una confianza excesiva hacia ellas. Sin embargo, hoy en día la posibilidad de vivir en una cultura dominada por sus imágenes es técnicamente real. Y una pandemia como esta no ha hecho sino comprobar lo que hasta ayer era apenas una posibilidad de mundo. Cualquiera de estos días que sería raro llamar “normales” está íntegramente atravesado por imágenes de todo tipo y, más allá de la angustia y del encierro, no es disparatado comprobar que nuestra experiencia es *más o menos la misma*, pero no. Es decir, más allá de la pandemia y del encierro, el mundo en el que vivimos es, antes que cualquier cosa, imagen. Sin embargo, ese entendimiento imagético del mundo –en su estado virtual y telemático– lejos está de expresar utopía alguna, todo lo contrario, nos revela un cansancio de/en las imágenes, y de/en la ausencia (de cuerpos, de presencias, de materialidades orgánicas). En todo caso, es difícil pensar que la vida de las imágenes constituya *vitalismo* sin cuerpo orgánico o, al menos, sin un mundo poblado de cuerpo en contacto.

Formas de relación

Cómo abandonarse, cómo entregarse. La distribución general de la muerte supuso algunas deten-

ciones a la producción de capital. Para los vivos, eso implicó llevar a cabo, padecer o sostener uno, varios o muchos modos del sometimiento. Pequeños sacrificios que nos dejaron, a las puertas de una “experiencia interior”. Sacrificarse supone, para Blanchot, *entregarse totalmente al abandono ilimitado*. Abandonamos cadáveres. No velamos a los muertos. El abandono funda una comunidad en cuanto la deshace (Blanchot de nuevo). El estrangulamiento de nuestro sistema de relaciones se exteriorizó en el colapso de una de las pocas certezas sobre las que fundamos lo humano. Para los muertos, un rito. Para los ritos, los muertos. La tecnología nos fue dando cada vez más la paz (de poder producir en el capital) y hasta la misa.

Convocadxs a poner en orden –en algún orden– las relaciones (la falta de relaciones, las relaciones en falta, las relaciones que faltan: los duelos) el conocimiento como libertad de saber, es decir, como sistema relacional, nos hace interrogar sobre aquello de lo que podemos prescindir. Qué concepto unificador permite leer una serie de relaciones o, al menos, determinar relaciones dentro de sí mismas. Cómo priorizar, bajo qué ideal, bajo qué ficción, ¿con qué creencia?. Como las antiguas tortugas, el falo galáctico de tritón sostiene al mundo o un eleké interoceánico nos protege conectándonos. Cómo abandonar ilimitadamente cualquier posibilidad relacional por fuera de los dispositivos.

Una agenda para el futuro. Algo cuya forma y oportunidad desconocemos.

Algo extraño avanza, se mueve entre nosotrxs y las cosas: nosotrxs deviniendo otrxs –modificación de las prácticas y gestos más elementales– ante la circulación de un bicho alucinante y omnipresente que nos sitúa ante la pregunta por el cuidado. Mientras formulamos la agenda como programa de un pensamiento por venir, la imaginación asomada por la ranura de la puerta exige cuidado; no solo de lo que viene, sino de las formas y las condiciones en que esa pregunta se enuncia (la tensión sucede entonces entre la pulsión imaginaria y la percepción de lo que hay). Otra vez: cuidado, cuidado, cuidado. Podríamos decir, la imaginación (lugar privilegiado

del movimiento en un contexto de hacinamiento) ofuscada ante la imposibilidad de manifestar y poner *afuera* esa vida imaginaria ofrece una razón en metamorfosis –mudando su forma para no ser atrapada, al igual que en los combates mitológicos de algún personaje griego–, ofrece posibilidad de movimiento entre lo que está quieto. Mudar la forma y permanecer, así, pone en tensión ése permanecer con el encierro como forma del cuidado. Movimiento que permite a su vez conjurar posibilidades que velen por lo desconocido: en la reiteración de lo mismo –circulamos por los mismos espacios, mismxs amigxs, mismos objetos, mismas palabras– imaginar nuevas rutas hacia lo desconocido, nuevas rutas hacia lo común, hacia lo público, hacia lo inundo. Así, ante el aislamiento (distanciamiento) en las casas y el aislamiento (distanciamiento) del pensamiento se pone en juego nuestra imaginación de un modo análogo, exigiendonos poner en cuestión cada vez prácticas del cuidado que respondan ante los límites de un encierro. Entre lo desaparecido y lo desconocido alucina la imaginación una agenda: cuidar nuestro pensamiento inundo. Ahí cualquier forma de pensamiento inmune al mundo que habita vuelve al mundo y se zambulle.

¿Una agenda de futuro?

¿Cómo pensar una propuesta de organización temporal cuando tanto el espacio cuanto el tiempo están desquiciados, en crisis, al borde –una vez más– de algún tipo de abismo, en estado de absoluta vulnerabilidad material para nuestra –la de una cierta comunidad humana– singular experiencia? Los días se traman entre un “no tengo tiempo” y un tiempo que repite en un *loop* infinito las tareas necesarias para seguir en el mismo círculo. Pareciera que nada pasara y a nada diera paso esta indiferenciación de los ritmos entre el tiempo del descanso –atrapado en el insomne pulso interminable de la noche– y el del trabajo, en la aceleración y la falta del pasaje de uno a otro. Sin cortes –y muchas veces en el exceso de la inercia de la máquina capitalista– el supuesto detenimiento del tiempo muestra una de sus otras caras: la de la hiperproductividad. ¿Cómo, entonces, a partir de esta temporalidad construir una agenda

para el futuro? El convite supone, entendemos, una a-puesta, una puesta en primer lugar y antes que nada, una salida de sí, una posición sin reaseguros que tambalea en los márgenes acotados de lo que resta. Una apuesta que transite el camino de la desobra y que haga e imagine con lo que hay ya en descomposición. Y en ese proceso pareciera que importa ya no la estática de la obra sino el movimiento de las prácticas, el estar siendo de esos pequeños gestos que instauran, como en un ritual, la posibilidad, cada vez, de inventar-nos y reconfigurar-nos en las relaciones/articulaciones con lxs otrxs existentes. Y esta instauración no remite a una nueva fundación, no hay aquí monumentalidad posible –o no queremos que la haya– sino pequeños gestos que sostienen solo una posibilidad. Se trataría tal vez de componer compostando los restos –aunque no todos serán compostables–, fermentar y leudar colectivamente las preguntas, angustias y terrores que insisten; (no)reconocer-nos en las heridas que hacen consistente un cuerpo. Veremos qué sucede allí. En el compostar se hace con lo que hay en un trabajo paciente de espera, se aguarda en el cuidado de ese proceso que cataliza lo que vendrá y que solo se nos ocurre imaginarlo como frágiles y sutiles alianzas a partir de las que delirar otros modos de estar.